

LA CASA DEL SOL

A las 8 de la mañana se abren las puertas del taller ocupacional huerto e invernaderos “La casa del sol”.

Siempre puntuales, llegan Ramón, José Antonio, María Belén, Joaquín y Ramona. En la puerta les esperan León y Morico, sus fieles gatos. Intercambian saludos, les dan de comer y se cambian de ropa. El ritual es siempre el mismo.

Hoy, para nuestros protagonistas, no va a ser un día normal, hoy todo tomará vida y el sentimiento de ayuda entre amigos, va a ser muy importante.

Al entrar en el invernadero, se encuentran con Rita, una mariquita muy elegante, que se dispone a ir a desayunar con su amiga Pitita la lechuga, que le va a sorprender con una mermelada de pulgón verde digna de reyes. Buenos días, ¡chicos!, Buenos días, responden todos.

¿Dónde vas tan temprano? Pregunta Ramón. A desayunar con Pitita, me ha dicho que ha hecho una mermelada para chuparse los dedos. ¡Que lo disfrutes! Contesta Ramón. José Antonio y María Belén se paran más adelante para hablar con Maruja, la borraja más maja del invernadero, aunque un poco protestona e impertinente.

¡Hola, chicos! ¿Cómo estáis? Muy bien, contesta José Antonio, preparados para comenzar la jornada.

María Belén ¿Podrías quitarme de encima a esta pesada de Lulú? Pregunta Maruja-llévatela de aquí y déjala en uno de los fresnos del huerto. Lulú es una oruga que siempre está fastidiando a Maruja.

María Belén hizo lo que le pidió Maruja y aunque, a Lulú la idea no le gustó, quedó resignada en la última rama del fresno.

Volviendo al invernadero, Ramón preguntó a sus compañeros que dónde estaban Joaquín y Ramona, a lo que José Antonio contestó, que Joaquín estaba buscando a Titín el caracol, pero no lo encontraba, continuó José Antonio, porque en el momento que ve llegar a Joaquín, se esconde bajo tierra, y, Ramona, se está poniendo las botas.

También saludaron a Perico el rabanico, Susa la cebolla y el grillo Carmelillo. ¿Todo en orden? Preguntó María Belén, Todo en orden, contestaron ellos.

Esta mañana León y Morico, andaban algo nerviosos y, de esto, se dio cuenta Ramón Oye José Antonio, le dijo a su compañero, ¿No ves un poco nerviosos a los gatos? No han querido ni comer. Ahora que lo dices, contesta José Antonio, es verdad, parece que les pasa algo, me acercaré un momento. Salió del invernadero y León y Morico,

corrieron hacia él, moviéndose en círculos y mirando al cielo, donde, se aproximaba un nubarrón negro como el carbón, a toda velocidad.

Los tres entraron al invernadero y fueron a buscar a los demás para estar todos juntos. Una terrible tormenta se acercaba y amenazaba con alterar la tranquilidad del lugar. Llegaron todos a la mesa de madera: Rita, Pitita, Carmelillo, Maruja y demás habitantes del invernadero.

En aquel momento, Maruja la borraja, comentó que a Lulú la había mandado ella a la copa de un fresno y si no la bajaban de ahí, podría sucederle algo y no se lo perdonaría nunca.

Sin pensarlo dos veces, José Antonio y Ramón se pusieron los chubasqueros y junto a Joaquín, cogieron una soga y se dispusieron a ir a salvarla.

Ramón lanzó la soga a la rama más fuerte y alta del fresno. José Antonio se ató una punta de la soga a la cintura, y la otra parte la sujetaban Ramón y Joaquín, mientras él iba trepando hacia la copa del fresno.

Llovía a mares y los relámpagos iluminaban el lugar, sonando unos truenos horribles. Todo esto dificultaba la subida de José Antonio. Finalmente llegó y comenzó a llamar a Lulú, pero ni respondía ni la veía.

Mientras sucedía esto, los habitantes del invernadero junto con María Belén y Ramona, observaban la escena con mucho miedo, pensando que, si no encontraban a Lulú, Maruja lo iba a pasar muy mal.

María Belén y Ramona les dijeron a todos que eran un equipo, y si trabajaban unidos en la búsqueda de Lulú, seguro que aparecía. Y dicho y hecho, como sólo podían gritar su nombre, comenzaron a decir: Lulú, Lulú, Lulú.

Finalmente, Lulú llegó a las manos de José Antonio, quien, con mucho cuidado, la metió en el bolsillo de su chaqueta. Temblaba como una hoja, pero por fin ya estaba a salvo.

José Antonio comenzó el descenso, mientras Ramón y Joaquín aflojaban la soga. En poco tiempo, corrían los tres hacia el invernadero, donde les esperaban los demás, recibéndolos con aplausos.

José Antonio sacó del bolsillo a Lulú y la dejó en una hoja de Maruja la borraja, fundiéndose éstas en un fuerte abrazo.

La tormenta duró toda la mañana, y aprovecharon ese tiempo para conocer más el pueblo de cada uno, Ramón y María Belén hablaron de Ejea, de su barrio La Corona, de sus vecinos, sus calles, contaron anécdotas y algún chiste que otro. Joaquín habló de las fiestas de Santa Anastasia y de cuántos amigos tenía. José Antonio, con un poco de nostalgia, habló de Gallur, de su familia, de sus vecinos, de lo que hacía los fines de semana y Ramona les habló de su Rumanía natal y de Boquiñeni su pueblo actual. Cuando hablaban de sus pueblos, una chispa se encendía en sus ojillos, orgullosos de vivir en ellos.

Para Ramón, María Belén, Joaquín, José Antonio y Ramona, junto a las verduras y los pequeños animalillos que viven en La Casa del Sol, pasan jornadas maravillosas

disfrutando de la naturaleza, teniendo el privilegio de trabajar en un pueblo, ese pueblo que les ha dado la oportunidad de conocer compañeros maravillosos y vivir aventuras excitantes como la de hoy.